Globethics Repository



Las catequesis de Pablo VI [The catechesis of Paul VI]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Calderón, Cipriano;Moliner, Ramiro
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-04 04:39:47
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224350

CRONICA DE LA IGLESIA VIVA

Cipriano Calderón y Ramiro Moliner

1968

«AÑO de la fe, que se convierte en esperanza...» Definía así la trayectoria de Pablo VI al anunciar su mensaje de paz en el umbral del nuevo año.

Las catequesis de Pablo VI

«El Año de la fe», proclamado por el Papa para conmemorar el XIX centenario del martirio de San Pedro y San Pablo, culminará en la fecha del 29 de junio sin que ningún programa triunfalista, al estilo del de los llamados «años santos», haya turbado la marcha sencilla de la Iglesia por los caminos de los tiempos nuevos.

El Papa en sus «catequesis conciliares de los miércoles» se ha dedicado intensamente, durante los meses pasados, a sembrar en el Pueblo de Dios ideas sobre la fe invitando a todos a profundizar en ella y a testimoniarla con una auténtica vida cristiana.

Importa mucho seguir atentamente las breves alocuciones que Pablo VI pronuncia en las audiencias generales de los miércoles. El Cardenal Veuillot, recientemente desaparecido, dijo en una ocasión que estos discursos de Pablo VI constituyen el mejor comentario que se ha hecho hasta ahora a los documentos conciliares.

Es claro que a través de estas intervenciones el Santo Padre viene realizando una «pastoral sobre el mundo», intencionada y programada, apoyada en una precisa visión de las cosas y abierta a las líneas de desarrollo que marcarán las «vías de la Iglesia» en su próxima o menos próxima historia.

«Los «coloquios papales de los miércoles»; «coloquios del Papa con el Pueblo de Dios» —los ha llamado el Cardenal Dell'Acqua—, constituyen ya un «método de doctrina» o una «pedagogía» característica de Pablo VI con influencia notable en la

mentalidad del mundo cristiano. Por eso, merecen la atención de cuantos quieran estar sintonizados con el «sentido» de la Iglesia.

La voz del Colegio episcopal

Las *grandes* Pastorales *colectivas* de obispos se hacen cada vez más frecuentes con influjo decisivo en la formación, orientación o dirección de las corrientes doctrinales y pastorales que hoy cruzan por la Iglesia.

La Carta colectiva del episcopado alemán sobre «la predicación de la fe y el magisterio de la Iglesia», la del episcopado belga sobre «nuestra fe en Jesucristo», la de los obispos norteamericanos sobre «la Iglesia en nuestros días», la de los italianos sobre «magisterio y teología en la Iglesia», son documentos que, traducidos a diversas lenguas, han hecho texto durante las últimas semanas en todos los grandes órganos de documentación católica.

Análisis profundo de la actual situación eclesial, teología viva, renovación doctrinal, orientaciones certeras ante la crisis de la hora presente, voz de los pastores para guiar el camino del Pueblo de Dios proyectando las luces del Concilio sobre los problemas pastorales y humanos del mundo moderno.

La lectura de las citadas Pastorales, así como la de otros documentos de nuestros obispos que podríamos registrar también aquí, traen a la memoria unas expresivas palabras de Pablo VI que, pronunciadas hace más de un año, no han perdido aún actualidad:

«No se puede considerar al Vaticano II como si fuese un episodio terminado ya y liquidado. El Concilio ha entregado a la Iglesia un «tomo», un volumen de doctrinas y decretos que puede marcar su nueva primavera. No es ciertamente la inercia, ni la crítica, ni la revisión o actitud negativa en relación con la obra conciliar la que puede ayudar a la Iglesia. Es el conocimiento, el estudio, la aplicación de la herencia del Concilio la que debe absorber, por un lado, la investigación teológica y, por otro, el gobierno pastoral...»

El ritmo eclesial de la renovación

Las tareas posconciliares se mueven en torno a dos coordenadas: el estudio o profundización tanto de los textos como de la mentalidad nueva del Vaticano II y la traducción del Concilio en leyes, normas y realizaciones prácticas.

En este sentido no cabe duda de que, como dijo en una ocasión el Papa, «el período posconciliar está resultando en cierta manera más importante y laborioso que la misma celebración del Concilio».

La Iglesia actual, impulsada por el Vaticano II, camina al ritmo de la renovación y, por eso, todos los que se muestran incapaces de incorporarse a este ritmo quedan fácilmente desfasados.

En las primeras semanas del año, Pablo VI nos dio, en el vértice mismo de la Iglesia, un espléndido testimonio de renovación al poner en marcha el engranaje de la reforma de la Curia romana. Esta fue decretada por el Sumo Pontífice en la Constitución Apostólica «*Regimini Ecclesiae Universae*» del 15 de agosto de 1967. En este documento quedó dibujada la nueva fisonomía del gobierno central de la Iglesia. Luego, el «Reglamento General», aprobado por el Santo Padre el pasado 22 de febrero, fiesta de la Cátedra de San Pedro, ha perfilado con detalles más concretos la reorganización o *aggiornamento* de la Curia.

Así Pablo VI ha reformado el cuadro de los dicasterios romanos, adaptándolos a las necesidades de los tiempos y poniéndolos en la línea que había señalado el Concilio.

No podemos entreternos aquí a describir los diversos aspectos de la reforma, ya conocidos a través de las informaciones de Prensa y comentados en profundidad por las revistas especializadas. Diremos solamente que la reforma, tal como la ha concebido y realizado Pablo VI, tiende a caracterizar de una manera notable los organismos centrales del gobierno de la Iglesia con las siguientes notas típicas de la nueva mentalidad: pastoralidad, internacionalidad, modernidad, coordinación y eficiencia práctica, apertura a la colaboración de los laicos, contacto continuo entre organismos de Roma e Iglesias locales, renovación permanente.

Cambios en la Curia romana

Las reformas estructurales o de carácter organizativo son importantes. Pero es claro que sólo resultarán eficaces, si logran encarnarse en realidades concretas a través de la acción de un personal de categoría, cuidadosamente seleccionado y adecuadamente preparado para su misión.

La Curia romana necesitaba y en determinados niveles necesita todavía un amplio movimiento o cambio de personal. El Papa ha tenido una clara visión de este problema y por eso, antes de la entrada en vigor de la reforma —1 de marzo— con tino y valentía realizó en los más altos cargos de la Curia una serie de relevos de excepcional importancia.

Los nuevos nombrámientos de Pablo VI se produjeron en cadena durante el mes de enero llamando profundamente la atención de la opinión pública.

Quizá a la hora de comentarlos, ya a distancia, la glosa más expresiva consista sencillamente en copiar, para el recuerdo, los títulos de algunos periódicos, dejando ver así cómo registraron la noticia los grandes órganos de información que trataban de reflejar con más o menos sensacionalismo el ambiente del momento.

9 de enero: «*Il Giorno*»: «Imprevista dimisión de Ottaviani —El hombre del Santo Oficio se jubila. —Le sucede el cardenal yugoslavo Seper». «*La Stampa*»: «Ottaviani, carabinero de la Iglesia, deja la Curia romana. Reaccionario en teología y en política, era el cardenal más discutido». «*Le Figaro*»: «El cardenal Ottaviani dimisionario de la Congregación para la doctrina de la fe. ¿Un hombre que era un mito?». «*Ya*»: «El cardenal yugoslavo Seper sustituye a Ottaviani en la Congregación de la fe.— El hombre fuerte del antiguo Santo Oficio ha dado al dimitir un alto ejemplo encomiado por el Papa. —Seper encarna la coexistencia en un régimen comunista, la representatividad episcopal, la vanguardia social y la moderación doctrinal».

10 de enero. «*Il Messaggero*»: «Pablo VI realiza su plan de reforma de la Curia. —También Lercaro y Larraona ponen la dimisión de su cargo. —Para evitar futuros contrastes entre la Congregación de Ritos y el Consejo para la reforma litúrgica el Papa ha preferido encargar la dirección de los dos organismos a un mismo cardenal, el benedictino suizo Benno Gut». «*Le Monde*»: «Una nueva etapa en la reforma de la Curia-Relevos entre los cardenales». «*A B C*»: «Los cardenales Lercaro y Larraona dimiten de sus cargos de la Congregación de Ritos y del Consejo de Liturgia y les sucede el benedictino Padre Gut. —Monseñor Larraona era el único español que presidía una Congregación de la Curia romana. —Pablo VI prosigue así su reforma de las estructuras de la Iglesia, firme y gradualmente».

12 de enero. «*Pueblo*»: «La Curia en ebullición».

14 de enero. «*L'Avvenire d'Italia*»: «El Papa acepta la dimisión del cardenal Traglia. —El cardenal Angelo Dell'Acqua, nuevo Vicario de la diócesis de Roma—. El nuevo responsable del gobierno pastoral de la capital deja el cargo de presidente de la Comisión para los asuntos económicos que pasa al cardenal Vagnozzi».

16 de enero: «*Il Messaggero*»: «Nuevo paso adelante en la reforma de la Curia. —Los cardenales Testa y Aloisi Masella son sustituidos por De Furstenberg y Brennan—. Las dimisiones de los ancianos purpurados afectan a la Congregación para las Iglesias Orientales y a la de la disciplina de los sacramentos. —Queda abierto el problema de la sucesión del cardenal Secretario de Estado—». «*La Vanguardia*»: «Más dimisiones y nombramientos en el Vaticano».

17 de enero: «*La Croix*»: «Nuevas metas en la reforma de la Curia romana».

18 de enero: «*Il Messaggero*»: «Sólo dos cardenales italiano quedan ya al frente de las Congregaciones romanas. —Ha dimitido también el cardenal Pizzardo a quien sustituye el francés cardenal Garrone».

21 de enero: «*Paese Sera*»: «En pleno auge la renovación del Gobierno de la Iglesia. —¿Serán extranjeros todos los neoministros del Papa? —Desasosiego en los ambientes de la Curia por la reducción del viejo *staff* Vaticano».

25 de enero: «*L'Europeo:* «Momentos de cambios profundos. —¿Qué va a suceder en la Curia?»

36 de enero: :*La Vanguardia*»: «La internacionalización de la Curia es ya un hecho. —Aún son esperadas nuevas dimisiones y quedan por determinar diversos nombramientos, aunque la atención se centra en la aceptación de la renuncia del Secretario de Estado».

1 de febrero: «*Rocca*»: «Paso acelerado en la reforma de la Curia romana. —Las recientes dimisiones de conocidos prelados que cubrían puestos importantes en el Gobierno de la Iglesia y los nuevos nombramientos han suscitado la curiosidad de muchos sobre las líneas directrices que sigue el Papa en la reorganización de la Curia». «*Informations catholiques internationales*»: «La auténtica reforma de la Curia romana comenzó el 8 de enero. —Una Curia renovada con estrategia y delicadeza. —Nombramientos significativos». «*The Universe*»: «Terremoto en la Curia. —Hombres más jóvenes y de diversos ambientes llegan a los puestos clave».

Bien podemos decir que la reforma de la Curia romana, ideada y realizada por Pablo VI, abre un nuevo capítulo en el camino de la Iglesia posconciliar.

La dimisión del cardenal Lercaro

El día 12 de febrero «*L'Osservatore Romano*» anunció la dimisión del cardenal Lercaro como arzobispo de Bolonia. El hecho entra sin más en la dialéctica de la renovación conciliar.

El 28 de octubre de 1966 Giacomo Lercaro cumplió 75 años de edad y ese mismo día, con un ejemplar gesto de generosidad y obsequio a las normas del Concilio, presentó al Sumo Pontífice su renuncia a la sede de Bolonia, a la presidencia del Consejo para la aplicación de la Constitución sobre la Liturgia y al cardenalato. Pablo VI no aceptó entonces ninguna de las tres dimisiones. En la presidencia del «*Consilium*» le dejó hasta que llegó el momento oportuno en el cuadro de la reforma de la Curia. Por lo que se refería a la diócesis, le indicó que buscase un arzobispo coadjutor con el fin de ir preparando la sucesión en una línea de continuidad, y, en

cuanto al cardenalato, le manifestó su intención de no aceptar en ningún caso su dimisión como miembro del sacro Colegio.

Lercaro siguió trabajando al frente de la archidiócesis con su típico estilo pastoral, hasta que ahora, en la citada fecha, el Papa ha hecho efectiva su dimisión. Tal vez el cardenal no lo esperaba precisamente en este momento —así han querido interpretar algunos determinadas palabras de su saludo de despedida—. Tal vez él personalmente lo esperaba y no lo esperaban, en cambio, sus colaboradores y admiradores. Lo cierto es que este hecho, lógico en sí —pues el cardenal había pasado ya sus 75 años y era el único que se encontraba en esta situación dentro del episcopado italiano— ha suscitado infinidad de contrastantes comentarios en la opinión pública.

La cosa tiene fácil explicación. Lercaro ha sido uno de los profetas de la Iglesia conciliar. Hombre por lo mismo admirado por los espíritus más finos de nuestro tiempo, combatido por otros, discutido por muchos. Con calma habrá que estudiar la obra del cardenal Lercaro en la Iglesia actual.

La Iglesia local de Bolonia no tiene ya a este intrépido pastor; pero la Iglesia universal sigue contando con este cardenal, cuya trayectoria profética puede dar todavía mucho juego. Mientras escribimos estas líneas Lercaro está en Alemania; dentro de poco saldrá para América... Siempre en contacto con los sectores más vivos de la Iglesia.

La última homilía del cardenal Lercaro antes de dejar la diócesis de Bolonia es un documento definitivo para conocer la mentalidad y las posiciones de vanguardia mantenidas en los últimos años por este infatigable pastor. La pronunció en la catedral el día 1 de enero en la jornada de la paz establecida por Pablo VI.

Tomamos de este documento algunos párrafos más significativos. Se refieren fundamentalmente al tema de la paz:

—«Quisiera que nunca me tengan que reprochar por haber callado algo que pueda ser esencial al auténtico testimonio de paz de nuestra Iglesia en el contexto humano, social y cultural en el cual vive y opera.»

—«La Iglesia no debe cansarse nunca de difundir, explicar e insistir en la doctrina cristiana sobre la paz. Más aún, debe profundizar valientemente en las radicales exigencias del Evangelio sobre la renuncia a la violencia. Debe formar las conciencias y sobre todo debe guiar metódicamente a los creyentes y ayudar respetuosamente a los no creyentes a reconstruir en sí mismos esa paz personal e interior que el hombre moderno conoce muy poco y que constituye, según la frase de Pablo VI, la raíz profunda y fecunda de la paz exterior, política, militar, social y comunitaria.»

—«La Iglesia no puede ni debe mezclarse en los conflictos políticos que surgen entre las naciones... La Iglesia, para no aparecer entrometida, parcial o imprudentemente comprometida con lo opinable o con lo contingente, debe afinar cada vez más su pureza trascendente y su desapego de todo interés político e incluso de todo método de cualquier forma análogo al de las Potencias.»

—«Pero la Iglesia no puede ser «neutral» frente al mal, venga de donde venga: su camino no es la «neutralidad», sino la «profecía».»

—«El profeta puede encontrar disconformidad y oposición, más aún, es normal que, al menos en un primer momento suceda esto: pero si ha hablado, no según la carne sino según el Espíritu, encontrará más tarde el reconocimiento de todos. Es mejor exponerse a la crítica inmediata de quienes juzgan imprudente todo acto conforme al Evangelio que ser más tarde acusado por todos de no haber sabido contribuir

—cuando aún se estaba a tiempo— a evitar las decisiones más trágicas o a iluminar las conciencias con la luz de la Palabra de Dios.»

—«La doctrina de paz que predica la Iglesia, por la intrínseca fuerza de su coherencia, no puede prescindir hoy de dar un juicio sobre esa concreta cuestión de actualidad, de la que depende en este momento, quiérase o no, el primer paso hacia la paz o un ulterior y quizás irreversible paso hacia la extensión del conflicto. Me refiero a las voces cada vez más insistentes y unánimes que se oyen en el mundo entero, y de las que se ha hecho eco el Papa en su discurso a los cardenales, para que Norteamérica, al margen de cualquier cuestión de prestigio o de cualquier justificación estratégica, se decida a desistir de los bombardeos aéreos sobre el Vietnam del Norte. La Iglesia tiene que decir esto aunque desagrade a algunos.»

De todas partes, gritos contra la guerra

—Monseñor Benelli, Sustituto de la Secretaría Papal, ha dicho: «La Iglesia predica la paz porque esto equivale a traducir en lenguaje moderno el mensaje del amor cristiano. Se manejan hoy muchos conceptos que, con nombres diversos, trasparentan un contenido auténticamente evangélico, aunque frecuentemente pase desapercibido: defensa de los derechos del hombre, ayuda a los países subdesarrollados, alfabetización, campaña contra el hambre, atención a los leprosos... El amor cristiano es amplio como el corazón de Cristo. La campaña del Papa por la paz no es otra cosa que una apasionada repetición del perenne mensaje del Evangelio. Todo el Pueblo de Dios debe sentirse movilizado en torno a los problemas de la justicia y la paz.»

—Con ocasión del «Año Internacional de los Derechos del Hombre», que se celebra a lo largo de 1968 para conmemorar el XX aniversario de la declaración universal de los derechos humanos hecha por las Naciones Unidas, la Secretaría de Estado del Papa ha invitado a las organizaciones católicas a promover con todos los medios posibles el conocimiento y respeto de los citados derechos en la línea señalada por el Concilio y por las encíclicas «Pacem in Terris» y «Populorum Progressio».»

—Las ACLI —Asociaciones Cristianas de Obreros Italianos— lanzaron recientemente un manifiesto de urgencia pidiendo la paz en el Vietnam: «Parar la guerra, construir la paz, hacer obras de justicia es un compromiso de todos y cada uno. La fuerza de las armas no conducirá jamás a una paz auténtica y verdadera. Es necesario abrir el camino a una paz negociada en el Vietnam. Para ello deben cesar inmediata y definitivamente los bombardeos aéreos sobre el norte. El pueblo sudvietnamita tiene derecho a elegir autónomamente su propio destino, en el respeto absoluto de la libertad de expresión de todos sus grupos sociales, políticos y religiosos.»

—El «*National Catholic Reporter*», famoso semanario católico de Kansas City, ha juzgado inmoral el conflicto bélico del Vietnam. «Nosotros creemos —ha escrito el director Robert Holt— que la guerra del Vietnam es claramente inmoral. Nuestras convicciones sobre la guerra son lo suficientemente profundas como para empujarnos a invitar a los jóvenes, llamados a las armas, a que tomen en consideración si deben o no en conciencia aceptar el servicio militar.»

—Los seminaristas teólogos del seminario para Latino-América de Verona (Italia) han enviado al Ministerio de Asuntos Exteriores de dicho país y al embajador de los Estados Unidos en Roma una carta, en la cual denuncian «la esclavitud: hambre,

subdesarrollo económico y cultural, opresión racista y neocolonialista en la que se encuentran todavía una gran parte de los hombres de nuestro tiempo». A propósito de esta situación, «que requiere soluciones profundas y radicales», los seminaristas hablan de la «violenta y brutal» guerra del Vietnam, «síntoma de una enfermedad que está matando a Occidente» y piden a los responsables de esta guerra que hagan cesar cuanto antes el conflicto. La carta condena con fuertes expresiones la acción de los Estados Unidos, «que aprovechándose de su potencia económica y militar quieren imponer con la fuerza una propia visión de paz, a costa de la juventud que muere en el Vietnam, a costa de imponentes gastos que deberían servir para solucionar el problema del subdesarrollo de los pueblos y a costa de una nación que, a miles de kilómetros de distancia de los Estados Unidos, busca fatigosamente su propio camino». Copia de esta carta ha sido enviada, para su conocimiento, a Pablo VI.

—El cardenal Cushing, arzobispo de Boston, ha dicho que «este año ha de ser para los norteamericanos un año de examen de conciencia nacional con el fin de ver la aportación que cada uno está dando al desarrollo de los pueblos. Es necesario reconocer y remover los océanos de injusticia que separan a las naciones ricas de las naciones pobres. Hay que comprometerse en serio a construir la paz, que es algo muy distinto de la ausencia de guerra».

—El Sínodo de la Iglesia Evangélica de Alemania Occidental, reunido no hace mucho en Berlín, pidió a las Potencias implicadas en la guerra del Vietnam, que «suspendan cuanto antes las acciones bélicas y emprendan inmediatamente negociaciones para la paz». Lo mismo han pedido algunas autoridades y organismos dirigentes de otras Confesiones cristianas.

—Uno de los más famosos Jefes religiosos del Vietnam, el Venerable Bonzo Tri Quang, hablando con un periodista italiano ha dicho las siguientes palabras: «El Papa es un Jefe potente y responsable que cree de verdad en la paz; por eso, sólo él puede ser escuchado tanto por los coloniales como por los comunistas del Vietnam. El es el único que puede entablar negociaciones secretas para acabar con la guerra de nuestro país. Nosotros esperamos en el Papa. En nuestra desesperación sólo nos resta el consuelo de pensar que alguien nos entiende y nos ayuda.»

Actualidad del mensaje de Gandhi

De la India nos llegó el 31 de enero el recuerdo imborrable de Mohanda Karamchad Gandhi. Los hindúes, y también los católicos, conmemoraron el XX aniversario de la muerte del Mahatma, canonizado en aquellas tierras como uno de los grandes profetas de nuestro tiempo.

Dentro y fuera de la India este «Maestro» merece una evocación porque los profetas no pueden morir. Mucho menos los profetas de la esperanza: Aquellos que, como Gandhi, dejan a su paso por el mundo una blanca estela de luz que guía a los demás hombres de buena voluntad en su caminar ansioso por descubrir metas siempre más altas y más puras.

Esta raza de profetas no puede extinguirse. El mundo en cada momento preciso de su historia, necesita de una voz que oportunamente le grite la palabra clave que encierra la fórmula secreta de su más genuino dinamismo. El mundo necesita de esos «hombres de Dios», hombres misteriosos que viven constantemente entre los demás pero de cuya auténtica grandeza sólo nos percatamos al descubrir la enormidad del

vacío que su ausencia ha creado en nuestro corazón. El mundo, para no frenar su marcha ascendente, no puede prescindir de esos guías superiores que —por usar una frase del mismo Gandhi— «no tienen mensaje que comunicarnos porque el mensaje es su propia vida».

No. Los profetas no mueren como los demás hombres porque también su vida fue diferente. Los profetas mueren por ser profetas: por haber tenido la insolencia de turbar el sueño de los poderosos, hecho costumbre y ley del más fuerte en nuestro mundo. Por eso, Gandhi fue asesinado. El protagonista de aquella acción sin nombre era uno de su misma raza, un hindú fanático que no podía tolerar los sentimientos fraternos que el Mahatma nutría por los musulmanes.

Al día siguiente del crimen, el «*News Chronicles*» de Londres comentaba este acontecimiento con frases que, aún hoy, constituyen una justa acusación colectiva: «La mano que lo ha asesinado es la misma que martilleó los clavos de la cruz, la misma que ha encendido las hogueras y que a lo largo de la Historia ha resultado ser la más fuerte. Esa mano es la vuestra y la mía.»

Gandhi, «con ímpetu terriblemente intenso» había consagrado toda su vida a la búsqueda de la Verdad. Era consciente de que la Verdad jamás podría ser poseída en su plenitud por la pequeñez del hombre y esa sensación de impotencia, mezclada con su hambre insaciable de infinito, era lo que le estimulaba a continuar su marcha progresiva en actitud a la vez afanosa y humilde.

Fiel heredero de la más genuina tradición religiosa hindú, Gandhi había descubierto a través de Tolstoi la riqueza y la fuerza del Evangelio. «El Sermón de la montaña —dice él— me ha reconciliado con el cristianismo». El principio eterno del amor universal, dirigido en especial a los más necesitados, ensamblaba perfectamente con el «*ahimsa*» hindú, la «no-violencia activa». Este había de ser el resorte y el motor de toda su vida individual, social y política. No se trata simplemente de ausencia de mal o ausencia de violencia; sino de la «realización interna de la verdad por medio del amor». Hay que vivir en el desapego más absoluto, tratar a todos los hombres como hermanos, perdonar todo y al final «ser como el mango que curva su cabeza cuando está cargado de fruto: su grandeza consiste precisamente en esta majestuosa humildad».

A Gandhi lo que más le había impresionado de Cristo era su pobreza, su perdón, su amor, su grandeza interior que le permitía «odiar el mal en los escribas y fariseos sin odiar al mismo tiempo a los hombres». Gandhi admiraba y amaba profundamente a Cristo, «modelo supremo» del hombre que se había entregado total y completamente por sus hermanos. Por eso, reivindicaba con celo el derecho que toda la humanidad tiene sobre Jesús, el cual por ser «el manantial más fecundo de fuerza espiritual que jamás ha existido» no puede considerarse patrimonio exclusivo de los cristianos. «Cristo pertenece a todas las razas y a todos los hombres.»

Pero si es verdad que Jesús le cautivó, la actitud infiel, materialista, violenta e inconsecuente de sus seguidores, los cristianos, le defraudó y le escandalizó sensiblemente. Y, a pesar del sincretismo religioso que mantuvo como lema durante toda su vida, acusó al cristianismo con mayor severidad que a ninguna otra religión, sin duda porque estaba convencido de la inmensa y misteriosa potencialidad de bien que encerraba. En este sentido había dicho en una ocasión: «la paz depende de que los cristianos quieran unirse verdaderamente a los demás hombres, cosa que desgraciadamente no sucede, porque la solución está en la aceptación universal del cristianismo». Ahora

bien, su sinceridad le obligaba a confesar: «creo que el concepto de cristianismo adoptado por el Occidente es la negación del Discurso de la montaña; no se puede servir a Dios y a las riquezas, ha dicho Cristo, y sin embargo los cristianos son demasiado esclavos de éstas. Europa no representa ni al Espíritu de Dios, ni al cristianismo sino al Espíritu de Satanás. Europa no es cristiana más que de nombre».

Ahí está la terrible acusación de Gandhi. Stanley Jones se preguntaba: «¿No habrá querido Dios tal vez servirse de él para cristianizar el cristianismo no cristiano?» Resulta cada vez más obvio para nuestras celosas conciencias cristianas que el espíritu de Dios sopla libremente cuando quiere y como quiere porque no hay fuerza superior que le obligue a circunscribir su influjo a cuadros predeterminados.

Ahí está ese gran profeta de nuestro tiempo a caballo entre Oriente y Occidente, entre el Hinduismo y el Cristianismo, para demostrarnos que con amor y sencillez, sin nada de violencia, se puede vencer y que «solamente —como dice Drevet comentando a Gandhi— los medios puros sirven para llevar a cabo una acción pura». Ahí está, para que nunca lo olvidemos nosotros, los cristianos, el «libro abierto» de un hombre que vivió como héroe y murió como mártir. En él encontraremos siempre su mensaje escrito con palabras vivas: «vosotros y yo somos una misma cosa; yo no puedo haceros daño sin herirme a mí mismo».

Un testimonio juvenil de esperanza

En los últimos días de febrero pasaron por Roma y se encontraron con el Papa dos centenares de jóvenes pertenecientes al movimiento llamado «*Sing-out*». No se trata de un conjunto musical como los demás, a pesar de que el objetivo de su existencia como grupo intenten conseguirlo principalmente a través del maravilloso espectáculo musical que presentan y al que ellos han bautizado con el simpático lema de «*Up with People*» —«Viva la gente».

Ellos mismos han dicho que este nombre significa «algo más que una explosión de música, algo más que una simple «representación». La idea que les une y anima no es tampoco una religión o algo que pueda sustituirla. Se trata de un «grupo ecuménico» de chicos y chicas de diversas confesiones religiosas que han escogido su propio «modo de vida». «Nuestro espectáculo musical —dicen ellos— no es otra cosa que las dos horas diarias que empleamos para demostrar a los demás nuestra elección.» Hoy día, en que la música ha llegado a ser uno de los elementos más característicos de nuestra civilización, resulta sin duda un medio eficaz para que el testimonio de estos muchachos llegue hasta sus oyentes y les contagie, al ritmo de sus canciones, el espíritu que les anima.

Un espíritu universal porque para ellos no existen razas, ni fronteras, ni discriminaciones religiosas. Testimonio vivo es la misma constitución del grupo, el cual aunque nacido en Norteamérica reúne a jóvenes procedentes de diecinueve países de los cinco continentes. El tema de sus canciones refleja este mismo sentido. Una de las más expresivas es la titulada «¿De qué color es la piel de Dios?». La respuesta que ellos dan: «Todo hombre es igual a los ojos de Dios», fundamenta su fe y el testimonio de fraternidad que presentan al mundo.

Estos jóvenes se sienten portadores de un nuevo espíritu de paz. No quieren ser meros «pacifistas» sino más bien «pacificadores». Su objetivo es ofrecer una «apasionada y positiva alternativa ante la violencia y la anarquía». El impacto que pro-

ducen es todavía mayor por el contraste que necesariamente suscitan en la mente del expectador. Uno piensa en seguida en los centenares de miles de jóvenes como éstos, hermanos de éstos, que en la monstruosa escuela de la guerra aprenden, obligados, una asignatura que antes desconocían: aprenden a odiar, cuando la verdad es que ellos mismos hubieran preferido aprender a amar. Ahora bien, la lección del amor universal, fundamento auténtico de la paz, no se puede enseñar obligando a los jóvenes a que se maten entre sí, obligándoles a eliminar a quienes no quieren o no pueden compartir sus propias ideas: a amar sólo se aprende respetando y amando.

Las canciones de «*Up with People*» rebosan alegría y optimismo como expresión que son de una causa noble. Estos jóvenes saben cantar la libertad y sus héroes, los cuales, a pesar de su juventud, como Juana de Arco no se han detenido ante ningún obstáculo hasta poner en práctica su vocación de servicio. Creen ciegamente que en la humanidad de hoy, sobre todo en la juventud, existe una gigantesca fuerza espiritual y moral sobradamente capaz de construir un mundo maravilloso en el que los hombres puedan vivir todos como hombres. Ahora bien, es necesario desatar esa fuerza encadenada muchas veces por otras de dimensiones más inmediatas y egoístas. Es necesario que cada uno tome conciencia de que en él existe lo que a los demás les falta para llevar a cabo esa grandiosa empresa. Es preciso, para que el singular desaparezca, que cada uno se comprometa a participar con entusiasmo en la construcción del mundo nuevo. Esto no es fácil pero es posible.

La conciencia de esta posibilidad, cuando ha calado profundamente, se convierte en fe y esperanza en el futuro. A pesar de todos los egoísmos, estos jóvenes nos enseñan que no se puede dudar de que todavía hay sitio en el mundo para la comprensión, el diálogo y la colaboración. Hay mucho de bueno en el hombre que si nadie lo revela permanecerá siempre oculto, aunque no sin fruto y estas semillas, si se saben cultivar, producirán una rica cosecha.

Finalmente estos jóvenes aparecen animados por un espíritu de sacrificio, característica interna del grupo, que se refleja luego en amorosa solidaridad para con los más necesitados, a quienes dedican el dinero que recojen en sus representaciones.

Peter Howard, director del programa mundial del «Rearme moral» ha dicho: «Mi intención es revolucionaria; se trata de una revolución que afecta no sólo a Occidente sino al mundo entero y a cada uno de sus habitantes; mi revolución debe comenzar por mí mismo, ya que no hay nadie más reaccionario que quien desea ver renovado el mundo o su país, pero él personalmente no está dispuesto a cambiar.»

«*UP with People*» solidario con esta revolución no violenta, realizada primero en sus jóvenes, nos invita a los demás a seguir el ejemplo. Este es el mensaje que estos muchachos han dejado prendido en el ambiente de Roma y que van paseando por el mundo entero. El Papa les recibió, escuchó atentamente sus canciones y les animó a continuar su marcha pacificadora entre los hombres de nuestro tiempo: «Llevad —les dijo Pablo VI— el amor de hermanos a todos los hombres invitándoles a que se reconozcan hijos de Dios.»

Roma, febrero de 1968.